

La internacional de Ámsterdam y la guerra

León Trotsky
4 julio de 1924

(Versión al castellano desde “L’Internationale d’Amsterdam et la Guerre”, en *Bulletin Communiste*, organe du Parti Communiste (SFIC), 5º año, nº 27, 4 de julio de 1924, páginas 633-635)

Ni M. Jouhaux ni sus partidarios han reconocido que su política en los mayores acontecimientos de la historia mundial, en la guerra imperialista, ha sido completamente falaz y falsa. Tenemos, pues, derecho a considerar su política actual, incluyendo las resoluciones del congreso de Viena, como la continuación de su antigua política. Sabemos que antes de la guerra imperialista sindicatos y partidos socialistas votaban con la misma unanimidad que el congreso de Viena resoluciones contra la guerra. Pero cuando esa guerra estalló ninguno de los partidos socialistas europeos, ninguna organización sindical, intentó oponerse a ella. Todos y todas, por el contrario, ayudaron a la obra sangrienta de sus burguesías nacionales. ¿Tenemos, no digo ya garantías, sino la menor esperanza de ver, frente a una nueva guerra, a Jouhaux y sus compadres de Ámsterdam adoptar una actitud diferente de la que tuvieron en 1914-1918? Tal es nuestra pregunta previa.

Podría uno no detenerse en ello si los hombres no olvidasen tan fácilmente su propia experiencia ni hubiese jóvenes generaciones todavía desprovistas de esa experiencia. Toda la política de los líderes de Ámsterdam está basada en la corta memoria de unos y la inexperiencia de los otros.

Examinemos de más cerca su programa de acción. Ese programa recomienda, por una parte, la propaganda tendente al desarme de los odios nacionales, al arbitraje obligatorio, etc.; tiene apariencia de un programa de combate puesto que, en caso de guerra, recomienda el cese del trabajo en las fábricas de municiones, el paro en los transportes, el boicot económico y, por fin, la huelga general internacional.

No es necesario hablar mucho de su parte pacifista. Sería muy bello que se pudiese instituir un tribunal internacional “equitativo”, cuyos mandatos fuesen obligatorios para todos. Pero, evidentemente, deberían ser los gobiernos burgueses, actuales dueños del poder, quienes tendrían que instituirlo. Ahora bien, son precisamente esos gobiernos los que crean el peligro de guerra. De forma que la cuestión se desplaza del programa pacifista al programa de combate, y se trata de saber *cómo pueden los obreros impedirle a la burguesía que provoque una nueva conflagración internacional*.

Los medios de que disponen los obreros son: huelgas parciales (en las fábricas de municiones), boicot, huelgas generales. Digámoslo enseguida: esos medios probados de Jouhaux y compañía solo son un narcótico.

Las fábricas de municiones trabajan sin interrupción en todos los países. ¿Por qué no proclamar la huelga inmediatamente? Si la gente de Ámsterdam piensa seriamente en oponerse a la guerra ¿por qué dejan que se fabriquen reservas de

municiones? Sería un bello adelanto sobre las futuras proezas detener ahora el trabajo en las fábricas de municiones. Nos responderán: “Utopía. Los obreros no escucharían nuestro llamamiento. Los gobiernos encontrarían siempre bastantes esquirolas...” Convengamos en que esas razones son válidas. Pero ¿sería más fácil organizar la huelga de las fábricas de municiones en vísperas de la guerra que en tiempos de paz? Hay que ser un cretino o un hombre deshonesto para sostener eso. Preconizar la huelga de las fábricas de municiones en el momento del peligro inmediato de guerra es, prácticamente, diferir la huelga hasta el momento en que sea menos posible realizarla. No hemos olvidado julio de 1914. El estado es el más poderoso en vísperas de la guerra. El estado monopoliza entonces todos los instrumentos de la movilización de la opinión pública, además del terror. ¡Quisiéramos mucho haber visto en agosto de 1914 a M. Jouhaux predicar en Francia la huelga de las fábricas de municiones! Pero en aquella época tenía un programa completamente diferente, programa del que nos acordamos muy bien. Con Albert Thomas pedía: ¡Cañones! ¡Municiones! ¿Qué motivos tenemos para creer que en víspera de una nueva guerra las cosas sucederán de forma diferente? Es absurdo imponerles la mayor carga a los obreros de las empresas de guerra en la lucha contra la guerra. Pero la gente de Ámsterdam tiene bastante buen sentido como para no pensar en ello seriamente.

Es cierto que sus resoluciones hablan de huelgas generales. Y lo hacen con tanta más seriedad. Por huelga general hay que entender, evidentemente, una acción proletaria lo bastante poderosa como para impedirle a la burguesía llevar a cabo su voluntad en la cuestión capital de la guerra y la paz. ¡Así el proletariado organizado por la FSI de Ámsterdam estaría en condiciones de paralizar en cualquier momento a la burguesía! ¿Por qué no lo hace en lo tocante a las cuestiones de menor importancia, como, por ejemplo, la prolongación de la jornada de trabajo y el aumento de los gastos militares? ¿De dónde proviene la magnífica seguridad de esta gente de Ámsterdam para encontrar en el proletariado, 24 horas antes del minuto en el que la burguesía haya decidido arrojar el pueblo a una nueva guerra, el poder para paralizarla mediante la huelga general? La burguesía concentra todas sus fuerzas en el período de preguerra. *En ese momento, huelga general significa revolución.* De forma que los valerosos líderes de Ámsterdam se comprometen a hacer la revolución en un momento preciso, escogido por lo demás por la burguesía. Parece que para eso hay que disponer de ciertas fuerzas. Y si se dispone de ellas, ¿por qué postergar la revolución hasta vísperas de la guerra? ¿No sería más simple hacerla con tiempo, descartando así todo peligro de guerra?

La cuestión se aclara mejor aún bajo otro aspecto. La CGT reformista se relaciona mediante estrechos lazos con el Partido Socialista Francés igual que las trade-union inglesas se unen al partido de Macdonald y los sindicatos alemanes a la socialdemocracia. El presupuesto de guerra (que asegura trabajo a las fábricas de municiones) constituye el capítulo más importante del presupuesto de M. Snowden, ministro “obrero” del imperialismo británico. M. Snowden, de la Internacional de Ámsterdam, hace pagar a los obreros ingleses los impuestos destinados a mantener la actividad de las fábricas de municiones. El Partido Socialista Francés ha decidido votar a favor del presupuesto radical que prevé gastos militares bastante “radicales”. Y M. Jouhaux, cuya política es la misma que la de los socialistas de su país, quisiera obligar a los obreros franceses a ponerse en huelga justo en el momento en el que se pondrá de manifiesto que el ejército “radical” no se forma para el puro placer, sino para la guerra. ¿Puede concebirse charlatanería más pobre? En tiempos de paz administramos el presupuesto de la burguesía; ministros socialistas, nosotros hacemos pagar a los trabajadores para el militarismo; vigilamos la buena disciplina de la burguesía en el ejército; acostumbramos a los obreros a la idea que la defensa del estado imperialista es

su deber. Pero cuando, haciendo seriamente aquello que hace, la burguesía quiera servirse del ejército formado con el apoyo de los ministros socialistas y de los sindicatos reformistas, ¡llamaremos a los obreros a la huelga general, etc.! Esta política está hecha para borregos pastoreados hacia el matadero.

Escuchamos objetar a esto a los astutos reformistas: ¿pero si la huelga general contra la guerra es imposible, qué hacer? ¡La clase obrera está, pues, desarmada contra el militarismo!

A lo que respondemos: la clase obrera no está desarmada contra el militarismo, sino que vosotros, vosotros los reformistas, hacéis todo lo necesario para desarmarla. Comencemos, si queréis, con cosas menudas. Antes de llamar a la huelga en las fábricas de municiones, y con mucha más razón, a la huelga general, decidid negarle a la burguesía los créditos necesarios para el mantenimiento de sus fábricas de municiones. Es ocioso hablar de la completa independencia de los sindicatos mientras su política sea la misma que la de los partidos socialistas. Si los partidos parlamentarios rehúsan aplicar semejante decisión, los sindicatos deberían boicotear todo partido que, directamente o no, aprobase gastos militares del estado burgués. Pero eso sería romper con los reformistas, es decir consigo mismo. ¡Problema insoluble!

¿El rechazo a los créditos de guerra en el parlamento zanjaría la cuestión? Mientras que la burguesía es la clase dominante, su mayoría está asegurada en el parlamento. Su presupuesto de guerra será, pues, votado incluso si los diputados obreros no lo votan. La oposición parlamentaria al militarismo no es suficiente para descartar el peligro de guerra, aunque sea evidente que las organizaciones obreras que no tienen ni la valentía de llegar hasta eso no valen gran cosa. Los votos contra los gastos militares (y contra todo el presupuesto capitalista) no tienen sentido si los sindicatos y partidos no agrupan a los obreros para una acción irreductible contra la dominación burguesa, no solamente cuando amenaza la guerra, sino también en tiempos de paz, es decir durante la preparación sistemática de la guerra.

La creación en las masas de una mentalidad política adecuada para esta tarea es la primera condición elemental de la lucha contra el peligro de guerra.

Pero, naturalmente, no hay que detenerse ahí. *Hay que poner en pie la organización de combate de la clase obrera.* Para que la huelga de las fábricas de municiones sea posible es preciso que la masa obrera esté, en esas fábricas, más o menos en su mayoría, penetrada por el odio a la dominación burguesa y que tenga un núcleo firme, capaz de guiarla en el momento decisivo. Ciertamente, no se puede afirmar, incluso bajo esas condiciones, que haremos la huelga justo en vísperas de la guerra. La huelga (es decir la revolución) es lo menos probable en esos momentos. En realidad, o la revolución (siendo la huelga general solo uno de sus episodios) surgirá de la lucha de las clases y hará imposible la guerra, o la nueva guerra provocará una nueva agravación de la lucha de clases, llevando a la huelga general y a la revolución. El revolucionario serio no puede tomar en estas materias ningún compromiso formal. No es lo mismo para el charlatán que hace malabares con las palabras “huelga general”, “insurrección”, “boicot”, “guerra”, igual que un payaso con los platos de hojalata.

Creemos que deseosos de desenmascarar hasta el fondo su reformismo, la gente de Ámsterdam ha fijado para el día 21 de septiembre una jornada de protesta internacional contra la guerra. ¡Tanto peor para el militarismo! Pero, pensará el lector, ¿la clase obrera no ha hecho ya del 1° de Mayo su jornada contra la guerra? La desventura es que el 1° de Mayo solo cae en domingo cada siete años. Por tanto, para festejarlo hay que cesar el trabajo, entrar en conflicto con la burguesía. Ahora bien, es mucho más difícil impedirle a la patronal explotar al proletariado durante una sola jornada que prometerle huelgas generales y muchos milagros en caso de guerra. Así que

la gente de Ámsterdam ha fijado su protesta contra la guerra para el tercer domingo de septiembre. La temible protesta se hará invisible. Este año las organizaciones están autorizadas a retrasar su fiesta al 28 de julio, aniversario del asesinato de Jaurès. Afortunadamente ese día cae también en domingo. Y el próximo año no será necesario conmemorar a Jaurès. Las manifestaciones se mantendrán para el tercer domingo de septiembre. Un domingo siempre es un domingo. El definitivo abandono del 1º de Mayo es la única innovación de Ámsterdam en la lucha contra el peligro de guerra.

Saquemos las conclusiones generales de las decisiones antimilitaristas del congreso de la FSI de Ámsterdam. El deber es mostrarles a las masas obreras, con más obstinación y más sistemáticamente que nunca, que los líderes de Ámsterdam las engañan y traicionan en la cuestión esencial, la más aguda, que se le plantea a la sociedad actual: la de la guerra. Sus recetas constituyen un narcótico empleado al servicio de los intereses del militarismo capitalista. El mayor peligro de guerra radica precisamente en la actitud de la FSI de Ámsterdam. Arrancarle la confianza de las masas es desarmar a la burguesía y armar al proletariado. Es lo que hay que hacer.

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es